

Presentación

PATRICIO PEÑALVER GÓMEZ

Ahora ya gracias a Dios menos; pero en la década de los ochenta y en los primeros noventa se consideraba de buen gusto en los sectores dominantes del gremio académico filosófico español (dominantes no sólo por mayoritarios sino por sus íntimas relaciones con los más visibles poderes de entonces), mostrar con desparpajo, desde la seguridad autoconcedida de una autoautorizada superioridad científico-filosófica, algún tipo de desprecio intelectual y moral por lo que se llamaba con notable violencia unificadora los «nietzscheanos», los «postmodernos», los secuaces de las «modas parisinas», relativistas, esteticistas, nihilistas, antihumanistas y antirracionalistas todos ellos; como que a todos ellos se los veía reticentes a someterse a la creencia en la Revelación de la Teoría de la Acción Comunicativa y del «giro lingüístico» de la filosofía quasitrascendental; e irresponsablemente dubitativos ante la axiomática weberiana de la llamada «ética de la responsabilidad» y de la doctrina de las esferas. Ya digo, aquellas simplificaciones pseudopolémicas han perdido hoy buena parte de su falso prestigio, y desde luego también de su capacidad quasicoercitiva para inducir ceguera y engaño en los dispositivos institucionales y editoriales de formación de opinión pública filosófica. Si recuerdo ahora ese pasaje penoso de la historia intelectual española reciente es porque diana muchas veces preferida de aquel polemismo estéril contra lo que no se asimilaba o a escolástica analítica angloparlante o a racionalización academicista de la herencia especulativa alemana, fue lo que con despreciable fácil chiste verbal, pero repetidísimo aquí y allá, (y hasta por el guía Habermas), se llamaba «derridadaísmo» (y por cierto seguramente desde una ignorada pero sintomática afinidad con los gustos o disgustos estéticos del nazismo). Ya digo que toda esa cantinela es ahora agua pasada, y sólo los más contumaces en la sordera académica siguen negando a la compleja experiencia filosófica de Jacques Derrida el pan y la sal de pensamiento «serio» (un adjetivo utilizado en esos parajes presuntamente críticos con un énfasis cómico). Que es agua pasada puede comprobarse de la manera más neutra posible: a la vista de que los más conspicuos portavoces de aquella Revelación de los fundamentos del «universalismo» de la razón centroeuropea en la época del desencantamiento —a la que un neokantismo funcional en el debate ideológico de los años finales de la Guerra Fría prestó despistada colaboración—, están reconociendo aquí y allá que ese metarrelato hace aguas por todas partes. Se ha echado atrás hasta el acuñador de la fórmula después utilizadísima «giro lingüístico» —utilizada no en último término para dar alguna apariencia de legitimidad teórica a la amalgama inconsistente de análisis en sentido anglosajón, pragmatismo en sentido estadounidense, y neotrascendentalismo en el sentido de la generación de los setenta de la República Federal Alemana, y hasta con algún acompañamiento de la Hermenéutica ontológica urbanizada. Rorty dice en efecto ahora que el giro lingüístico fue una «tormenta en la tetera de la vida académica». El envejecimiento de las críticas convencionales del *scholar* medio de entonces a

lo que se llamaba, de todas formas con mucho equívoco, desconstrucción¹, contrasta con la intensa renovación metódica y estratégica perceptible en los parajes del pensamiento antaño demonizado —demonizado entre otras cosas como continuación del «peor» Heidegger. Mientras tanto, en efecto, los trabajos realizados o impulsados por Jacques Derrida en los últimos 20 años han venido encontrando una nueva y muy plural recepción. David Wood proponía en 1992 una periodización en la recepción de la escritura de Derrida según tres fases². En la *primera*, en los sesenta y primeros setenta, hubo sobre todo «incredulidad, entusiasmo e indiferencia». Después, pudo asistirse a un ajuste de las posiciones en el panorama teórico, para dar una respuesta aleccionadora y doctrinal a la «persistencia del intruso». (Y por mi parte diría que el nombre de Habermas resume bien ese momento de crispación y de crítica vehemente más bien de política académica que de naturaleza filosófica³). La *tercera* fase de la recepción de los trabajos de Derrida, perceptible desde los últimos ochenta, se caracteriza por un reconocimiento de que esos trabajos están en curso de elaborar «un nuevo espacio de lectura». No un espacio para lecturas arbitrarias, para algo así como una *strong reading* que prescindiría de las significaciones intencionales de las obras (una acusación usual en estos ámbitos, pero injustísima, lanzada sobre todo desde la teoría de la literatura académica y la crítica literaria canónica). Más bien se trataría de pensar aquella nueva lectura como espacio para una reanimación del deseo o la pasión filosófica. Wood: las lecturas desconstruccionistas no habría que pensarlas como socavamiento de un texto ya acabado, «sino como una responsabilidad que vuelve a empeñarse en las condiciones de una producción del texto, con el deseo que la filosofía (y quizá toda teoría) articula incluso cuando aquél se ha perdido ya de vista. Puede que valga la pena el endeudamiento metafísico requerido para decir que Derrida está empeñado en una reanimación teatral del espacio textual de la pasión de la filosofía».

Desde luego que en esa tercera fase querrían inscribirse los materiales que aquí se presentan, y que quieren también ser un homenaje de la revista *Daímon* a Jacques Derrida en su setenta cumpleaños. Hoy, cuando cada vez más y mejor podemos ser sensibles a la pluralidad de los contextos de un trabajo filosófico que formalizó alguna vez la hipótesis de una «insaturabilidad del contexto» de todo acto de habla o de escritura. Ese trabajo habría estado desde el principio en las antípodas de una analítica «inmanente» de los textos, a mil leguas de lo que se ha llamado con un concepto alucinado «textualismo»; pero los dos últimos decenios permiten, quizá, asistir a una más compleja articulación de los motivos que guían o que movilizan esta inventiva escritura (y en especial el gran motivo del *don*) con los contextos que la determinan (contextos literarios, epistemológicos, institucionales, tecnológicos, políticos...)⁴. Que el movimiento de las desconstrucciones acompaña lúci-

1 El pluralismo constitutivo de ese movimiento permite hasta justificar alguna tolerancia con el galicismo tan extendido en la traducción española de *déconstruction*. Pero no será quizá inútil recordar que la voz española «desconstrucción» aparece ya con todas sus letras cincuenta años antes del nacimiento del filósofo argelino, en el *Primer Diccionario General Etimológico de la Lengua Española*, por D. Roque Bárcia, Madrid, 1881.

2 David Wood (ed.), *Derrida: A critical Reader*, Blackwell, Oxford, 1992, p. 1.

3 Donde más extensamente expone el influyente filósofo de Frankfurt sus opiniones sobre lo que llama la crítica neoestructuralista de la razón es en *El discurso filosófico de la modernidad* (trad. esp. Taurus, Madrid, 1989). Es sabido que la tesis general que mueve la crítica de esa crítica es que ésta seguiría sumida, como ya o todavía el mismo Heidegger, en la vieja «filosofía del sujeto». El capítulo sobre Derrida está tan desorientado en su enfoque, carece hasta tal punto del mínimo apoyo crítico textual, y contiene tal número de errores materiales (como el de una presunta fascinación de Derrida por la «legibilidad absoluta») que apenas invita a una discusión crítica seria.

4 Tal vez el mejor mapa disponible de las aperturas del pensamiento de Derrida a sus contextos más relevantes, sobre todo los jurídico-políticos, es el libro de Geoffrey Bennington, *Legislations. The Politics of Deconstruction*, Londres, Verso, 1994.

damente la dinámica no sólo verbal del «Y», del *Et*, de una conexión del pensamiento (el menos «exento», hoy, quizá) con tantos contextos que desbordan toda taxonomía estable, es justamente objeto del ensayo «Etcetera» que aquí traducimos. De ahí que lo inventivo de esta experiencia se resumiría mal en la expresión consagrada *Denkweg*: es que aquella hace entrar en juego varios caminos (y de ahí que Derrida pueda escapar siempre a la voluntad de apropiación hermenéutica, incluso de la mejor intencionada, que pueda, esto es, desplazarse a otro sitio, en el que de todas formas ya estaba también, cuando se lo aborda desde *una* perspectiva: filosófica, literaria, psicoanalítica...); y es además algo más que cosa de pensamiento. O al menos reclama de éste responsabilidades ético-políticas inéditas, a las que se apunta precariamente allí donde se requiere una justicia ultrajurídica y una democracia todavía por venir. Que esas responsabilidades ya no sean representables en el espacio canónico o clásico del filósofo-rey platónico, o para el caso, del intelectual *engagé* en cierta praxis normalizada, no quiere decir que apunten simplemente a un espacio profético, como sugieren muchos críticos del presunto «quietismo» quasimístico al que abocaría la radicalidad de las alteraciones desconstructivas. No al menos sin una revisión de la esencia del profetismo en la inactualidad de nuestro convulso «presente», en la intempestividad de nuestro hoy vulnerable más que nunca a todos los «retornos» de mesianismos sin cuento. No en todo caso un profetismo irresponsable, toda vez que sobre todo en sede política la Desconstrucción más fiel a su destino aguza su sentido estratégico, y su afición a entablar negociaciones. La pasión de la que hablábamos arriba requeriría aquí el contrapunto de una extrema sobriedad. Sin concesión alguna al escepticismo o a la negación. Tan no es negación ni destrucción la desconstrucción que antes por el contrario se juega en un peculiar pensamiento de la Afirmación, se empeña en una Promesa, en una obsesión serena a su manera por el Porvenir sin cálculo y sin teleologías, sin miedo y sin esperanza (parodiando un cierto estoicismo, pues, pero sin renunciar a todo tipo de excesos, tras el *glas* de lo clásico), lejos de los apocalipsis vulgares del fin del mundo o del final de la historia. Por cierto que esas responsabilidades inéditas en las que la Desconstrucción anda empeñada, y que desbordan la medida de un sujeto calculador y calculable, suponen siempre algún elemento de urgencia inaplazable, desautorizan la «calma». Cabría recordar un pasaje del Talmud que precisa que la excusa de la «imposibilidad» no vale para no acudir en ayuda del hambriento. Pero el ritmo de la Desconstrucción, y aun si acosada por responsabilidades radicales, requiere por otro lado una peculiar lentitud. ¿Osaremos decir que está trabajada por una cierta desgana en medio de esta superpoblación de grupos voluntaristas animados por las mejores intenciones? ¿O al menos por un cierto abandono, *Gelassenheit* diría otro, no tanto como una dejadez, pero sí una cierta confianza en las virtudes del *dejar uno su cuidado*, «entre las azucenas olvidado», como de la Amante dice, por ejemplo, San Juan de la Cruz?